

*La Gornica*  
CRÓNICAS ❀ ❀ ❀ ❀

❀ ❀ ❀ BURGALÉSAS

por

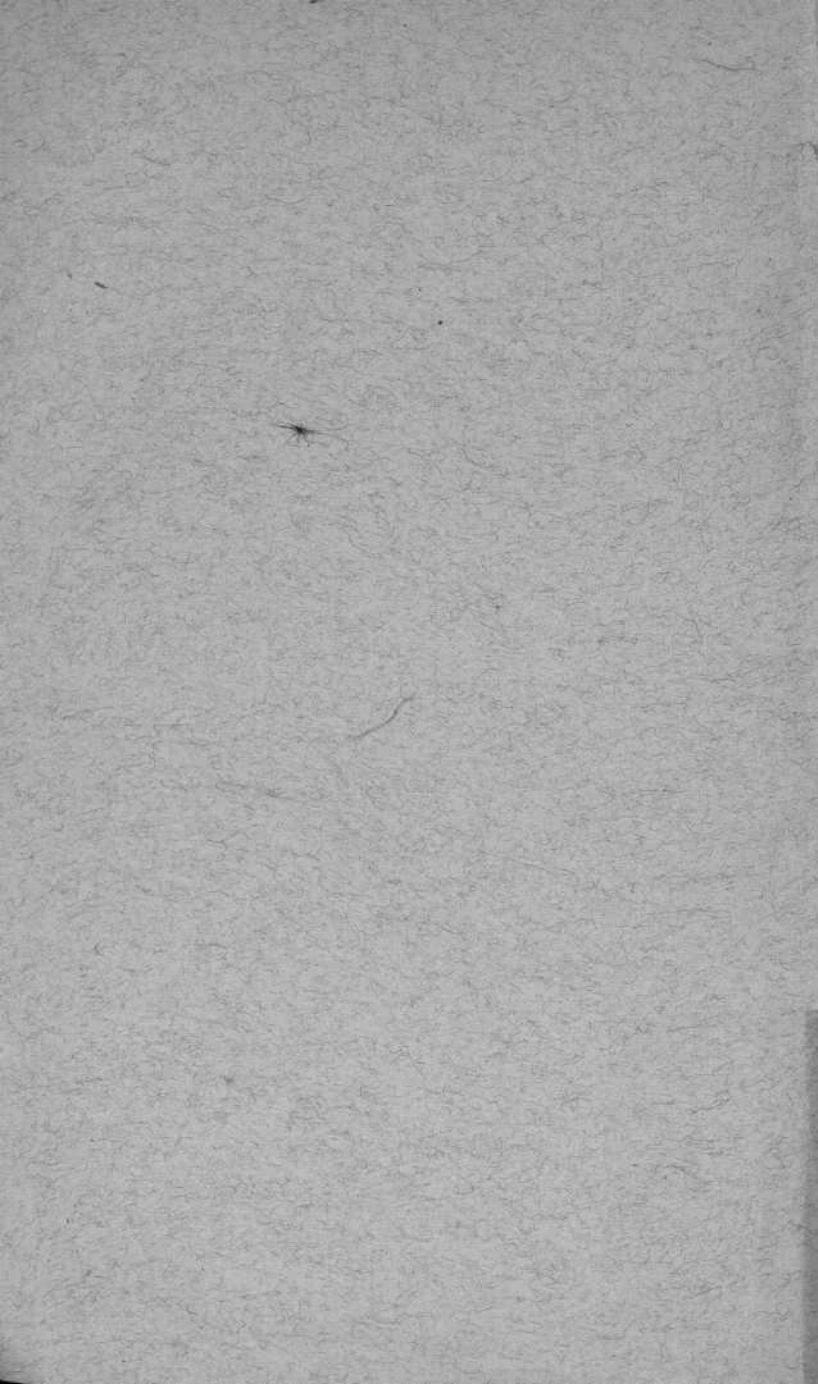
MARTIN D. BERRUETA



PRIMERA PARTE

BURGOS 1911.  
Imp. de Marce-  
lino Miguel : :

G-F- 3094



D6CL

A

# CRÓNICAS

## BURGALASAS

por

MARTIN D. BERRUETA



PRIMERA PARTE

BURGOS 1911.  
Imp. de Marce-  
lino Miguel : :

R. 47 876

Tct. 57695

CB 1072777



EROTICAS  
BURGALESAS

109

MARTIN D. HERRERA

~~~~~  
Es propiedad.  
~~~~~

libro de  
- de  
: :

LIBRERIA LARTE

El periodismo ha traído á la literatura espíritu de movilidad, impresionista: y moneda de ley, expresión viva de la visión periodística, es la "Crónica" modo de mirar y de decir que no puede confundirse con ninguna otra raza de composiciones y de escritos: poesía del periodismo, desesperación de los que entran á pié calzado por estos enjutos, difíciles, escogidos, senderos del propio pensar y del poner alma en lo que se ve.

Yo he recogido en este librito algunas de mis impresiones de Burgos. Me daba pena que anduvieran desperdigadas... y en ese olvido de lo efímero, de lo desabridamente efímero, de la publicación periodística.

A estas "Crónicas" seguirán otras, que van ya camino de la imprenta.

Acoge tu, lector, unas y otras como encariñamientos de mi vida con esta tu ciudad... ¡y mía!

Auguendo ams  
Dancels fenes dy pwr.  
H. antur

Aug 10 a 913

## LA CATEDRAL

— Van pasando los días, los días de veinte años. Esta Catedral de las altas agujas, de los calados de piedra, que es una historia abierta, monumento perenne de fe y de arte, me hace pensar en cosas sabrosas, remoja recuerdos y sacudidas del alma cargados de dulzura, que arrastran los dejos de tristeza traídos á cuenta de memorias del tiempo que se fué.

—Siempre están ustedes en obra—decía yo á un venerable capitular,—empleándose aquí constantemente el hondo sentir afectuoso de los burgaleses á esta joya del arte cristiano, que es la alhaja de sus entusiasmos.

¡Cuántas mejoras, cuántas reparaciones, qué limpiezas esmeradas, qué afán por conservar la riqueza heredada y amontonar nuevas obras de mérito y valía en la vieja y severa Catedral!

No hay verano que no se alcen andamiajes dentro de las naves.

La capilla del Cristo con nuevo pavimento de mármol, los ventinales rasgados, el altar que reemplazó al antiguo y feo; las cristalerías que dejan pasar más luz de la capilla de San José; las puertas nuevas, la instalación de luz eléctrica, no por teatrales arcos vol-táicos, por incandescencia; la estatua de D. Mauricio, en lugar más digno, más revelada, en el coro; la magna restauración del claustro... Y ahora, rezan las horas canónicas y tienen su coro los Canónigos, en la capilla de Santa Tecla, porque en la mayor trabajan

marmolistas y pintores en la colocación de artística mesa de altar, de mármol, con frontal de columnas labradas primorosamente.

Me da gozo este trajín de los burgaleses, estos afanes del Cabildo, estos legados de piadosos amigos de la Catedral, que representan formidable conjunción de amores para salvar del tiempo el alcázar escogido de su religiosa herencia, que pregona tan á voces los triunfos de la Iglesia, las glorias de la Patria, los vultos de nuestros artistas, los alientos de nuestros sacerdotes, la generosa ofrenda de un pueblo.

Aquello que se derrumba, se restaura al punto; lo que envejece y se afea, es sustituido ventajosamente no desmereciendo nada del conjunto, no perdiendo estilo ni carácter; y lo nuevo, lo que se aumenta, rico, artístico, es el testimonio de todo eso que me da tanto gozo, de que en esta gente castellana hay culto á lo grande, á lo magnífico, á lo que es de Burgos. La Catedral es el relicario del alma burgalesa....

.....

Ya no están los raidos bancos. Allí se sentaban fijamente, sin mudanzas, los viejos aquellos tan típicos, que yo no conocía, y que los distinguía sin saber sus nombres; que un año y otro año, muchos, sin romperse filas, veía yo acudir á la misa mayor. Venían á hora fija, arrastrando los piés, apoyándose en toscos *cachabones*: sanotes, devotos, rezadores...

Ellos iban, por delante, en las procesiones claustrales, desbarajustando toda formación ordenada, corriendo por entre sus descarnadas manos las cuentas del enorme rosario....

.....

Han pasado los días, los días de veinte años. Desaparecieron aquellas caras de mis viejos, que yo no conocía por sus nombres. Pero yo he visto ahora en su lugar, siguiéndoles en sus prácticas, otros viejos,



típicos como aquéllos, sanotes, devotos, rezadores, que no pierden misa mayor en la Catedral ni misa rezada en capilla. Y para ser los mismos, para significar toda una leyenda de tradiciones, no han cambiado de rústicos talajes, ni olvidado el *pañuelón* de yerbas, que extienden entre sus piés, para arrodillarse temblorosos cuando se alza la Hostia Santa en el altar.

Esto no se remoja y ¡Dios no lo quiera! Esos viejos, que son generaciones, no se modernizan, guardan en custodia fiel la fe del alma; sus oraciones son las oraciones de un pueblo. Y un pueblo que reza, no muere.

*Julio 1906.*



## CARTUJANA

Volteaba monótona, religiosa, la campana del monasterio de la Cartuja de Miraflores. Sus ecos sonoros se esparcían por aquellos valles, quebrándose en las copas altas de los altos olmos; parecía un llamamiento á la naturaleza para unir, sus voces de glorificación á Dios, con las limpias oraciones de los austeros cartujos

Tocaba la campana á misa conventual. Fray Pedro, el eterno portero de la Cartuja, me opuso todas las dificultades imaginables. Creyó que mi intento era asistir á la misa desde el coro de los Padres.

Yo le hice entender que con menos me contentaba, y el buen lego, moviendo la cabeza y siseando bajo, repetía su otorgamiento.

Paso rápido por claustros y claustrillos, sin romper aquel silencio sagrado y por la puerta pequeña, del coro de los Hermanos, entré en la iglesia.

Separa el coro de los Hermanos del de los Padres un tabique bajo y se comunican por una puerta de cristalería. Allí, á dos metros de los cristales, asentó Fray Pedro una silla para mí, advirtiéndome rígida observancia de quietud. Holgaba el consejo, porque me acontece siempre, que en la Cartuja todo me inspira respeto, silencio, inmovilidad.

Había empezado ya la misa. En la silla coral, que está al lado de la Epístola, separada del coro, y que las gentes equivocadamente llaman del Prior, estaba el celebrante. No hay ministros con dalmática. Le asistía

otro Padre, vistiendo, sobre el hábito, alba de lana. Y este Padre cantó el Evangelio poniéndose una estola.

Para cantar la Epístola salió al facistol el P. Procurador, que así es regla general.

Los cartujos, en sus sillas del coro, cubiertas las cabezas con las amplias cogullas, destacando sus figuras blancas sobre el fondo de la sillería, moviéndose reverentes, acompasados, para las ceremonias, sin compañía de órgano, en sentido y liso canto llano, suave, fervoroso, van entonando la misa y los salmos religiosos, bañándose el espíritu en dulzuras inefables.

Conservan los cartujos en su pureza la liturgia primitiva. El oficiante, desde el ofertorio, levanta y extiende en cruz sus brazos, y así está hasta el momento de la elevación.

Un timbre seco, cortado, dá la señal, y los cartujos doblan sus rodillas, inclinan su cuerpo y pausadamente se tienden de lado en el suelo.... ¡solemne adoración!

Vuelve á poner en cruz sus brazos el celebrante.... besan todos la paz, é inclinando el cuerpo y la cabeza cubierta con la cogulla, cantan el *Agnus Dei*. Salen las voces misteriosas, apagadas, místicas... No sé decirlo.....

La misa acaba inmediatamente, no hay bendición ni último evangelio... Los cartujos desfilan, retirándose de la iglesia... se van á sus casitas, á la oración.

. . . . .

Yo no recuerdo haber oído misa como la de los cartujos; me parecían un culto escogido, unas finezas de piedad jamás sentidas.

Mis ojos se iban detrás de aquellas figuras talladas en la mortificación, en la constante perfección del espíritu, moldeadas en miradas de Dios, y mi pensamiento ahondaba en la vida severa, rígida, de los cartujos.

Aquellos hombres, pobres, sencillos, mortificados,

de alma admirablemente templada, de voluntad triunfador, han cortado con el mundo todo trato, toda comunicación y memoria. Y han hecho el sacrificio á plena conciencia; su vocación madura, sesuda, varonil, les ha empujado á la soledad de la Cartuja. Están á solas con Dios.

Cuando han llegado á la iglesia entrando por la puerta de la clausura, para asistir á la misa conventual, llevaban dos horas de oración: á las cinco se habian levantado, cortando el sueño empezado á las dos y media, y habían recitado en la celda los salmos, el *angelus*, la adoración y las letanías.

Aquel día era de ayuno á pan y agua, de retiro é incomunicación más rigurosa.

Sus cuerpos, envueltos en la blancura de los hábitos, me representaban sombras de hombres; sus rezos, su sacrificio, cosas del cielo.

Yo no me acuerdo de haber oído otra misa como la misa de los cartujos.

*Julio 1906.*



## LAS CAMPANAS MUDAS (1)

Entre los escombros de una iglesia que se derrumbaba he visto las campanas mudas.

El último día que sonaron en el campanario alto, sus tonadas fueron de plañideras, tristonas, tocaban á muerto. Y contra los muros agrietados pegaban las ondas funerales de las campanas y se enronquecían perdiendo dulzura; ni el sacristán atinaba con aquella su habilidad, que tanto modo de decir daba á los repiques. Era un tocar á muerto, que parecía anuncio de venirse á tierra la fábrica, y como si las campanas quisieran rendir al templo sus ayes, presagiando su muerte.

Se desmanteló el campanario, se cimbrearon los arcos, y las campanas fueron desmontadas; quedaron calladas, mudas, apesadumbradas. Con gruesas maromas las bajaron los obreros y allí están cubiertas de polvo, casi enterradas entre piedra y cascajo, entre la viguería vieja y carcomida.

\*  
\* \*

Las campanas mudas tenían en tristeza al más hermoso alegre valle, que las había oído tocar muchas veces á gloria, alborozando la campiña, vistiendo de gala y de fiesta á los sencillos aldeanos, y que también sintió penas cuando las campanas voceaban agonía y muerte.

¡Ya no hay quien avise regocijos cuando el alba viene, ni quien despida al sol con ecos de melancolía, de oración, religiosos!..

---

(1) Las de la Iglesia de San Nicolás.

Hasta el tío Calixto, el único radical furioso de todo el contorno, que se las echaba de entendido, y á menudo repetía en la taberna, con textos del *Heraldo* y *El País*, que había que derretir las campanas, estaba como *atontao* sin oírlas, y tenía dentro de sí como si fuera miedo clerical.

\*  
\* \*

La ruina de la iglesia hizo pensar al alcalde pedáneo, que estaba en la obligación de convocar á los vecinos, que así se lo había suplicado el celoso señor cura. Y hablando unos y otros y todos, acordaron que era necesario arrimar *toos* el hombro para levantar el templo, lo más pronto posible, porque no se hallaban «sin las sus campanas».

El acuerdo se tomó con el voto del tío Calixto, dejando á salvo «sus creencias radicales».

El pueblo, ese pueblo bueno, que gracias á Dios vive, respondió; pero todo era poco para levantar aquella iglesia, aquella torre, aquel campanario.

Hacía falta un empuje, una voluntad poderosa, un hombre.

\*  
\* \*

Junto á las campanas mudas estaba una mañana llorando un hombre joven, de apacible y digno aspecto.

Lloraba porque aquellas campanas eran las que tocaron á muerto por sus padres.

Y de aquellas lágrimas de alma cristiana, que sabía sentir de cosas íntimas, dulces, hondas, salió un voto de amor.

Dios le había deparado fortuna, y él puso su voluntad y su dinero en manos del pueblo sin iglesia para levantarla, y.... pronto volvieron á tocar á gloria y á tocar á muerto las campanas mudas.

Julio 1907

## D. GABRIEL....

No os diré día, porque no me acuerdo: pero se van á cumplir pronto tres años. Y era en Agosto, una mañana fresca, de esas que en Burgos ponen la raya de la fama.

No había roto el sol con las últimas nieblas del amanecer. La campana voceaba, desde el picacho de la cumbre, oraciones de los cartujos, las primeras plegarias de aquellos hombres de alma valerosa, mortificada, santa.

A la puerta de la Cartuja de Miraflores llamaba un joven distinguido: no muy alto, enjuto, de barba rubia, rizada, vestido airoosamente.

Recien llegado de Madrid, no titubeó en el camino de Burgos á la Cartuja.

Pedía entrada en aquel retiro de penitencia y austeridad. Prontamente se vió en presencia del prior.

—Usted no podrá resistir esta vida—dijo el buen cartujo al aspirante, viéndolo tan mimado y no muy fuerte en su complexión.

Y, añadió más sorpresa, al hacer saber que iba á cambiar por la Cartuja un porvenir brillante en la carrera de las armas.

—Hagamos la prueba de mi decisión—replicó el joven militar.

Y quedó admitido.

¡Cuántos de mis lectores habrán pronunciado ya el nombre de este cartujo!

\*  
\* \*

Desfilaban del coro los cartujos después de la misa

conventual, y yo seguía á todos con mis ojos. No era fácil dar con unos rasgos nuevos ni averiguar cuál de aquellas caras y cabezas, igual y totalmente rapizadas, era la de la barba rubia rizada y de la atusada cabellera, ni pensar cómo cambiaría el porte de un apuesto teniente de Borbón el sayal blanco de San Bruno.

Y tuve que acudir á no pequeña merced del P. Vicario, á quien me presentaba por escrito una alta dignidad eclesiástica.

Fuí servido en mi deseo.

—Usted pregunta por D. Gabriel; este nombre lleva en la postulancia y noviciado el joven militar á quien busca con tanto afecto. ¡Ah! continuó el vicario, es un encanto de esta casa. Su vocación firme, generosa, valiente, nos lo hace ejemplo dulce, edificante.

»Para él no hay sacrificio, ni privación, ni dureza en esta observancia tan rígida.

»Cumple exactamente la regla de San Bruno. ¡Vive en su casita tan feliz, tan contento! En la oración y en el trabajo corporal emplea sus horas, sin que le rinda nada; ni encuentra desabrido el silencio, ni triste la soledad, ni se resiste á este descanso, tan corto, tan inseguro, de nuestro sueño.

»Alma de milicia, tuvo el ardimiento y dominio para atajar con el mundo, olvidarlo todo y enterrarse en la Cartuja. Es admirable.

»Estas visitas las quiere muy escogidas; y aun cuando es naturalmente amable y las agradece, tiene un temor en todo, el de perder el hilo de su apartamento; no quiere mensajeros del mundo.

»Somos cuidadosos, exagerados en regatear que le vean porque nos da espanto que pudiera malograrse una vocación tan ricamente elegida.»

Yo estaba escuchando al vicario con verdadero in-



terés y gozo; yo prometía en mi interior ser breve en la visita; quería solamente verlo.

\*  
\* \*

En el refectorio, estrecha pieza, casi inútil en la Cartuja, porque son muy contados los días en que allí se come en comunidad, y siempre en silencio y en parquedad, allí vino á mí Samaniego, el joven teniente de lanceros de Borbón, cambiado por austero cartujo.

Alegre, inundado su apacible rostro de alegría, me saludó y me habló: me preguntó por amigos suyos de Salamanca, rápidamente; me dijo que era muy dichoso, que estaba cada día más contento; que me había visto en la iglesia, que había pedido por mí....

Todo de prisa; yo, acordándome de las palabras del Vicario, me asustaba entretener minutos aquella vida de apartamiento y le rogaba que se retirase ya...

Y se fué. Por aquel claustriillo de bóveda tan baja, repercutiendo en el silencio, se oían, alejándose, los pasos de Samaniego. Iba á su casita solitaria: su blanca figura se desvanecía á lo largo del claustro.

Entonces recordé su silueta de militar. Y me parecía un sueño la visión del cartujo. El milagro de la gracia en hombres de corazón valiente, de luchadores, que triunfan sobre sí mismos.

De esas almas, de esos vuelos, son los cartujos.

*Julio 1907*



## EL CARDENAL AGUIRRE

Una ceremonia muy vistosa, brillante, se ha verificado días atrás, en el viejo Palacio que sirve de morada á los Arzobispos de Burgos. Un guardia noble enviado del Papa, vistiendo gran uniforme y galas, rodeado de obispos, generales, magistrados y autoridades del pueblo, ha entregado al venerable metropolitano burgense las insignias primeras de la dignidad cardenalicia. El nuevo Cardenal colocó sobre su blanca cabeza el solideo encarnado y ciñó su cuerpo con la ancha rica franja de púrpura ....

Y alborozaban la ciudad los armoniosos sonos de aquella majestuosa clave catedralicia, y la algarabía de todas las otras campanas de todas las iglesias.

\*  
\* \*  
\*

Yo he subido muchas veces las escaleras del vetusto Palacio Arzobispal.

Me ha parecido siempre que con ser así aquella casa no en poca parte vieja y mala, es un rincón de la histórica Burgos, que se defiende, al amparo de la Catedral admirable, contra facil atrevimiento municipal de lisa alineación que rompa con la sabrosa variedad de aquella plazuela que tiene su entrada de señorío por el arístico mural arco de Santa María.

Pues bien; allá arriba, al remate de las escaleras, hay ancha pieza de descanso. Y os lo brinda afectuosamente el familiar de su Excelencia.

Se ven en los bancos de la antecámara, un día y otro, y todos, las constantes visitas del Sr. Arzobispo, los pobres.

Yo los he visto turnando en la recepción con el buen cura que va á contar al Arzobispo su pleito con la Cofradía del lugar, con la visita tonta, de cumplido, con los que piden colocaciones y gracias... y en esas horas de paciencia que para su santificación tienen los Obispos, lo sé y lo digo, para el Cardenal Aguirre la parte de gozo escogido es la que dedica al consuelo de los apenados y al remedio de los que están en necesidad.

\*  
\* \*

De mucho contento es para el nuevo Cardenal el estar con sus amigos, con los fieles guardadores de su cariño. Es la bondad natural de su alma la que da tono á su trato, á su afable plática, la que sale á su cara y empuja atenciones y miramientos.

Se ha entreabierto la media puerta grande del salón: el Sr. Arzobispo viene ligero, pronto, al encuentro; su andar es así, rápido, nervioso. El os lleva de la mano á ofreceros asiento y escucha benévolo.

Miradlo: el Cardenal Aguirre es hombre fuerte, de robustez ceñida, alto. Sus ojos inquietos, vivos, dan expresión de inteligencia y amabilidad á su semblante.

Empieza á hablar y su conversación interesa; pregunta, investiga, se entera de las cosas y cae su juicio sereno, pensado: su discurso, su diálogo, es sencillo, íntimo, amistoso, y así es su atractivo. Y va dejando señales de su espíritu culto, de su ciencia abundosa, de su saber, de su prudencia, del avisado sentido y virtud de su alma.

Yo guardo muchos recuerdos de mis visitas al hoy Cardenal Aguirre, tan bueno conmigo, que me abruma concediéndome á manos llenas su afecto y amistad honrosísimos.

. . . . .

Os ha acompañado hasta el mismo dintel de la puerta y rendidamente se le besa el anillo.

El Arzobispo vuela á su retiro, al cuartito aquel de esquina al salón: allí está el P. Aguirre todo el tiempo libre, despachando su correo, que asusta, ocupándose del gobierno de sus dilatadas diócesis de Burgos y Calahorra, estudiando, escribiendo...

Pero tiene aún más escondido regalo la vida del Cardenal Aguirre: su vida íntima, la vida ejemplar del austero religioso franciscano, sin quitar nada á sus prácticas de oración, de penitencia, de silencio.

A las cuatro de la mañana ya está el Sr. Arzobispo levantado: á las ocho de la noche, en todo tiempo, se cierra el Palacio arzobispal á toda comunicación con el mundo.

Y aquí basta. ¡Qué te importa, lector atento, saber cómo se llama el pueblo natal del Cardenal Aguirre, ni si sus padres fueron pobres ó ricos, y sus estudios á pasos contados y cuándo entró fraile...!

Entérate de que la Iglesia lo ha encontrado en sazón para encumbrarlo.

*Julio 1907.*



## EL SEÑOR PABLO

En ese arco de Santa María, puerta real de vuestras historias y linajes, se cobija mi señor Pablo y pasa su veraneo, unas veces en el rinconcito del torreón saliente á mano izquierda, y otras, cuando el sol retuesta allí, buscando la sombra, del lado acá, á la Plazuela del Arzobispo. Y supongo que en el invierno el Arco de Santa María será también, para el simpático pobre viejo, amorosa estufilla y abrigadero.

De vista tenéis que conocerlo. Apoyado tranquilamente en rústico *cachabón* de pastor, recostándose sobre el muro, está la persona del señor Pablo, añadiendo algo vivo y viejo, en carácter, á aquel cuadro en piedra, de historias muertas. Es bajetillo, achaparrado: calada hasta las cejas una cosa que le sirve de boina, la chaqueta al hombro, chaleco que fué de Bayona y hoy es una criba, la camisa cerrada al cuello por chinesco botón, faja bicolor, negra con prolongación y añadidura encarnada, el pantalón remendado sin miramientos, es decir sin fingir las costuras, y recolgado por atrás á los hombros y corto, muy corto, para que el aire se cuele por abajo, que no hay otro entorpecimiento de ropa interior...

Al lugar del estómago la faja vale para dispensa: allí va el corrusquillo de pan que entretiene la holganza de comer. Y en señal de reloj, sujeta por tren-cilla negra, una navaja

\*  
\* \*

A mi me ha interesado mucho el señor Pablo; y aun cuando no es personaje de salón, ni un intelec-

tual, ni un *sportmant*, ni siquiera edil de concejo, yo me he acercado á el muchas veces á curiosear su vida.

Os la voy á contar sin que él lo sepa. El señor Pablo, ese pobre viejo del Arco de Santa María, tiene noventa años, día por día. Está rendido más por el trabajo que por los años; de esta virtud tiene muchos testigos.

Vive solo, en un cuarto de una casa en lo más alto del barrio de San Nicolás, con vistas á las alturas de San Esteban. Por esa habitación paga trece reales al mes. Es muy madrugador: toma un trago de agua para desayuno y *arrodeando* baja por cuevas y escalinatas á la catedral, á misa, á misas que no suele ser una sola... y luego al Arco de Santa María. Le da un tiento al pan que lleva en la faja y hasta la una. A esa hora sube á sus altos barrios, á comer las patatillas que dejó puestas á la lumbre y que pueden estar fritas ó asadas y siempre turradas, un *perro* de vino.... y al Arco de Santa María.

Viene la noche y mi señor Pablo se despide de su tienda hasta el día siguiente. Llega muy cansado á casa, cena «lo que haiga» un huevito y á dormir en el jergón de pajas.

.....  
¿Cuánto ha sacado usted hoy, señor Pablo? le pregunté un día. — *Pa* el gasto, señorito.

Y me hizo su presupuesto: «dos perrillas pa la casa, diez y ocho céntimos de pan, diez pa otras viandas, el *perro* de vino... ¡y pa que más, señorito!

No tiene pena por estar solo y tan viejo y tan imposibilitado: habla cristianamente, bendice á Dios, espera de Dios, y no odia á nadie.

En el invierno lo debe pasar mal: tiene miedo al frío, y ya cuenta él que no va á resistir la nieve que venga primero.

Cuando le dan limosna saluda con reverencia, y

repetidamente se descubre aquella limpia calva encarrilada, por uno y otro lado, de blancos blondosos cabellos.

Y luego, sigue con su boina calada hasta las cejas, como si quisiera ver mejor y sin daño de la luz fuerte .. Y no ve, ¡está casi ciego!

\*  
\* \*

Pasa la gente; las señoritas y los señoritos á paseo, muy elegantes; y cruzan los coches, y los caballos de lujo... y hasta los perrillos falderos mimados, que van á oxigenarse...

¡Cuántos tontos pasan por delante del Sr. Pablo, que no lo miran! De esos tontos, que se levantan al mediodía y no tienen más oficio que aderezar mujerilmente su cara y su cuerpo, que ¡leen con mucho trabajo y sin entenderlo, á lo más un periódico para ilustrarse; que tienen horas de casino, horas de café y ponen todo el fósforo en casar las fichas del dominó ó en dar vueltas á una baraja... y así, con las manos vacías de buenas obras, van pasando la vida.

¡Y se creen unos personajes! ¡Cuánto más distinguida y de relieve es la figura del Sr. Pablo!

Pero el Sr. Pablo, con la boina calada hasta las cejas, no ve esas cosas.

El solo sabe que hay almas buenas, que no le faltan, que le socorren, que todos los días cubren su presupuesto de gastos, de sesenta céntimos de peseta... y está contento y vive alegre y dichoso y espera á la muerte para irse al cielo.

Yo le oigo, cuando mis hijos le dan limosna, que me los bendice, con un «Dios os dè salud, queridos», que me sabe á salud segura ..

Porque estos pobres tienen mucho valimiento arriba.

*Agosto 1907*

## REMEMBRANZAS

Cosas de aquellos tiempos, de los *mis tiempos*, se me vienen siempre á cuenta y memoria.

No han pasado los años por esta plaza de Santa María: las mismas casas, con las mismas fachadas renegridas y los primitivos miradores; la fuente seca, *desmochada*, con su octogonal enverjado, que no guarda ni custodia nada; el otro caño corriendo agua, de la que se han llenado tantos cántaros y botijos, y que á tanta sed dió satisfacción; la yerba, entre seca y verde, enseñoreándose del suelo, libre del pisoteo de las gentes... el acerón que cruza, que lleva á la Catedral, de la que ya no se decir encomios sino hartar los ojos mirándola.

¡El acerón que cruza! Si vieras lector paciente, como recuerdo yo figuras de los que pasaron por él á la Catedral!

Cuando las campanas, sin olvidarse nunca de su misterioso oficio, llaman á coro, yo resucito historias y tipos de *mis tiempos* y junto, con la memoria de las siluetas y sombras de los que pasaban, no sé cuantas ideas y afecciones que se fueron también, pero que yo las traigo á renovación para dulce sabor de mi alma.

Dando saltitos venía aquel dean, típico dean; de siglos andantes, con enorme teja navegable; lo esperaban en hilera los pobres y entre ellos dejaba un puñado de centimitos. De lejos más parecía simulacro que tal era la agilidad del movimiento y la facil distribución. Los pobres, grandes concedores del terre-



no, después que pasaba Prañales, desfilaban como diciendo «esto se acabó».

¿No os acordais del monumental señor Ibeas, ni de aquel don Aquilino, que en paz descanse?

.....

Pausado, aplastador, cruzaba aquel gigante de cuerpo y de inteligencia que honró tanto al clero español. No se puede borrar su huella: cabeza melenuda, greñosa, de grandor proporcionado á la talla colosal del cuerpo: solideo amparador desde las cejas á la nuca... descuidado en todo su porte, recogiendo con su poderosa diestra aquellos interminables vuelos del manteo para taparse la boca, en previsión de aire dañino. No olvideis burgaleses, á don Manuel de la Peña, teólogo, orador, Maestro...

.....

Al cuarto, al promediar los toques, apuntaba por la calle de Santa Agueda el pertiguero don José. Con alta estimación de lo que, litúrgica ó históricamente, significaba su cargo, yo le veía pasar un día y otro día, todos, con su sombrero de alta copa, desafiador de modas y gustos, pero esencialmente uno, el mismo ideológicamente, el sombrero de copa.

Su traje no talar, pero en camino de serlo, como cuadraba á su afinidad con los eclesiásticos.

El vestía en la catedral su toga encarnada ó morada según el rito, y la vestía como prenda de oficio digno y alto; su aspecto era venerable, su mal genio, adquirido en la brega, despejando el paso, dando marcha á procesiones. Don José era acelerado, corría con la maza al hombro.

Yo, al recordarlo lo quiero enaltecer: son cosas, son hombres que se nos van y con ellos se cierran páginas de costumbres, de caracteres, de instituciones.

¡Hoy como ha bajado el oficio, el respetable y serio cargo de la pertiga! Vamos perdiendo terreno: no

se sabe lo que se hace, dejando colar por todas partes ese ambiente que brutalmente quiere abaratarlo todo.

Y no cuento más. ¡Que así con la memoria, imaginándolo, nada más, tengo que hacer pasar por este aceron que cruza, con esos recuerdos, también las sombras de los encantos de mi vida!

Así se piensa además, en la verdad de la muerte y en el raudo desaparecer, que se lleva la vida. Y tu, ingente catedral, tu me hablas de lo eterno, de lo que no pasa! . . . . .

Por eso me gusta que este todo igual en esta simpática plazuela de Santa María.

Allá arriba, me ha sorprendido la ruina de San Nicolás; una piedra tras otra piedra ván quitando los obreros las hiladas de la torre; ya no suenan las alborotadoras campanas: la techumbre del templo levantada.

Pero ello volverá á ponerse en pié. Un apretado grupo de amantes parroquianos de San Nicolás, los que conservan apego á su pila bautismal, ha puesto fuego al amor de los burgaleses á sus reales y á sus joyas y, como por ensalmo, ha crecido una suscripción popular para la reedificación de la iglesia cuarteada.

¡Que sea enhorabuena! que el templo de tan rico retablo, tan visitado, tan estimado por artistas y fieles no venga á tierra.

Yo también os lo agradezco, porque así me conservais este escenario en el que yo canto mis viejas canciones, las cosas de aquellos tiempos, de los *mís tiempos*.

*Agosto de 1907.*

## MI CAMPO SANTO

No estaba junto á las paredes de la iglesia, como en otros pueblos; había que salir del lugar, y, subiendo por unos vericuetos, ganar la cumbre aquella que cierra el horizonte.

Iban conmigo el señor cura y uno de los *leídos* rurales, de la aldea.

—No tiene *ná* que ver—me decía el «listo»—es un *campo santo* de los más pobres, no hay nichos, ni lápidas... ni *ná*...

Y mientras así hablaba, y ya á la puerta del cementerio, corría el cerrojo y daba vuelta á la llave, repitiendo el importuno «no tiene *ná* que ver».

Se abrió el portón de aquel cercado solitario. No había nichos, ni lápidas; la tierra levantada en lomas allí, aquí, más allá, cubierta toda de yerba, que rodeaba los brazos de las cruces, unas altas, otras bajas, unas negras, otras blancas y muchas rotas.

Se me borró la memoria y la presencia del tío «listo», que no veía nada en su campo santo, porque no tenía nichos, ni lápidas.

El señor cura se quitó el bonete y rezó un responso general. Yo sentí la grandeza de aquella oración, y no sé decirlo; pero unas sombras de inmensidad cubrieron la visión del pobre campo santo, y mis ojos vieron allí cosas que no saben decir las piedras labradas, las letras de oro, las verjas que acotan los sepulcros, las coronas estériles, los epitafios relamidos... del cementerio de la ciudad.



\*  
\* \*

En aquel pobre campo santo se ha perdido el recuerdo personal de los muertos. En el pueblo unos se lo repiten y cuentan á otros, y hay quien señala dónde está su madre y dónde enterraron á su hijo... pero eso pasa y se borra; y queda sólo el rítmico silencio de aquella tierra igual para todos, levantada en lomas aquí, allí... más allá....

Eso es más grande para el pensamiento, aun cuando parezca cruel para el corazón herido.

El «aquí está» bien lo sé, que parece consuelo y alivio. ¡Ah! pero no pongais todo el pensamiento santo de la muerte, en ese palmo de tierra, en esa recordación de las letras y de los monumentos funerales.

Si no lo habeis gozado, dejad que vuele el alma; cerrad los ojos, afligidos visitantes del cementerio de la ciudad; que se derrumben las eminencias de los sepulcros y no queden más que las lomas de los montoncitos de tierra, levantados aquí, allí... más allá .. y vendrá otra idea más alta, otra luz más verdadera... «aquí está», pero no está aquí... ¡está en el cielo!

\*  
\* \*

A la salida del campo santo, estaba el *leído* rural, de la aldea, cansado de esperar, sentado sobre una piedra, al resguardo de la tapia y fumando un cigarro.

—¿No le decía yo á usted que no vale *ná* este cementerio?

Yo me guardé, muy guardado, lo que allí había sentido, en mi campo santo, en el de mis muertos, en el que llevo dentro de mi alma: un camposanto á lo cartujano, con una sola cruz que hace señal por el último muerto, y que me dice el «aquí está»; y lo demás, tierra lisa y llana, sin nombres, sin cotos, y que me dice: «están en el cielo».

Agosto 1907

## LAS OBRAS DE SAN NICOLÁS

Desde mi ventana estoy viendo, todos los días, á estos obreros que trabajan en sostener y apuntalar la fábrica de San Nicolás, luchando ingeniosamente, con valentía y arrojo, con el peligro y la ruina, empeñados en la obra atrevida de reedificar y conservar aquella casa sagrada, archivo y depósito de un pasmo, de un asombro artístico, del más magnífico retablo que se ha labrado en el mundo.

Ya desapareció la cuarteada torre, se sujetaron y pusieron en el fiel los arcos de la bóveda alta, se corrió á todo lo largo la nueva armadura..., ¡qué se yo! Y luego se encontró un nuevo tropiezo y amenaza en el muro de la sacristía y se salvó. Otro día se descubre el medio de uno de los contrarrestos de la nave central y se ve talado, cortado, para abrir un hueco y encajonar una mesa, con un desnivel enorme... Sobre esta débil firmeza estaba descansando la torre y sobre este abismo de peligros han andado los operarios y el arquitecto, y quien sabemos todos es el alma y el empuje de la restauración de San Nicolás.

Pues ya están alzándose, desde cimientos, contrarrestos nuevos, de metro y medio de anchura, para fortaleza de los descentrados, para el seguro apoyo de todo el paramento exterior.

Y siguen desmontando lo ruinoso y levantando lo nuevo, resolviendo á cada hora problemas de construcción, aventurados, difíciles...

Todo lo vale la riqueza y valor de la joya que se guarda.

No se ve fácilmente, hasta donde van á llegar las obras de desmoronamiento; es incalculable el gasto de tiempo y de dinero, para decirlo de una vez, y señalar el día de la rehabilitación de la Iglesia de San Nicolás. Solo me atrevo á asegurar que perdurará la voluntad generosa del iniciador y mantenedor de la empresa.

El Gobierno y la Diputación han hecho sus donativos en aumento de las cantidades ya recogidas entre los buenos burgaleses, amantes de sus monumentos artísticos.

Me dicen que, precisamente en estos días, anda sobre la mesa del Ayuntamiento este asunto, el acudir también la corporación popular á esas obras de conservación de un tesoro de arte. Yo no sé pensar, ni juzgar mal, de las cosas de Burgos. El Ayuntamiento contribuirá con largueza: así debe hacerlo. El remedio es urgente, el Municipio está interesado en acudir con presteza y sin regatear recursos.

No ponen los pueblos y corporaciones toda la atención debida en estas cosas. Cuando en sus presupuestos consignan cantidades, para fiestas y regocijos públicos y promueven ferias y mercados, se vé la razón económica que, aparte los fines de cultura general y desenvolvimiento de las fuentes de riqueza, han de volver esos gastos en ingresos comunales, además de contribuir, con inmigración de dinero, á que se desenvuelvan el comercio, la industria y la vida de la ciudad.

Pues he ahí que estas ciudades, guardadoras de monumentales edificaciones que son páginas de la Historia del arte y de la Historia de los pueblos, tienen, en sí mismas, una fuente de prosperidad y de ingresos. No se calcula, lo que aún mirando solo á este

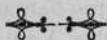
lado prosáico del erario municipal, dejan aquí, como en otras ciudades artísticas, los turistas, los extranjeros y nacionales que las visitan, únicamente por ser ciudades de estudio, de admiración de inapreciable provecho, para los cultivadores de las artes y de todo de intelectualidad.

Estamos en [verdadero infantilismo. Los concejos de las ciudades artísticas, los cabildos, los custodios de obras de arte, de archivos, de arqueología, pintura, etc., etc., deben ser los promovedores de la publicación de guías ilustradas, los legítimos explotadores de un bien organizado servicio de instruídos acompañantes del turista....

Yo me alegraría que el Ayuntamiento de Burgos, al tratar de su subvención para las obras de S. Nicolás pensase en estas cosas que se traducen en interés general de la población. Me aseguran que desde Mayo acá han visitado á San Nicolás 143 extranjeros...

Yo no digo que todos ellos hayan venido derechamente á ver en Burgos el retablo de los Colonias. Pero sí afirmo que nada ganaría esta ciudad, en cuanto á interesar á los hombres de arte y á los excursionistas, si por abandono de todos tuviera que cerrarse, para siempre, el templo de S. Nicolás y dejar caer á pedazos los estupendos prodigios de cultura cincelados en las piedras del retablo.

*Julio 1908*



## CRÓNICA... ESPERANTISTA

Manuel Esteban, un hombre de los profesionales del trabajo, de los que, no contentos con la labor diaria de su empleo, buscan para los ratos de ocio y descanso algo que no deje ehervar la actividad, ha traído á Burgos la afición, el entusiasmo, por el esperanto, el mas nuevo intento de lenguaje internacional. El ha hecho ese primer milagro y el otro, y el otro, y los que han sido necesarios, para que entre los burgaleses se constituya un Centro de esperantistas, que aprendan el léxico y crucen sus conversaciones y se pongan al habla con los esperantistas de las cuatros partes del mundo.

Yo creo que no he hecho revelación ninguna. Pues bien, este amigo mío me ha saludado á mi llegada á Burgos, avisándome que á tal hora y en tal sitio me esperaba, con sus esperantistas, para ir de excursión á la Casa de la Vega.

Y yo que no soy esperantista más que de oídas, que tengo entre mis libros los libros de esperanto, pero sin ojearlos siquiera, he acudido á la cita, dispuesto á entendérmelas con mis compañeros de campo, en mi mal castellano...

\*  
\* \*

De la casa del Correo han arrancado los coches llevando á los esperantistas. Va un grupo de señoras, señoritas y caballeros; veintitantos arriesgados, que no se arredran ante el fresco abusivo que corría ayer.

Se adelantaron los que llevaban las cartas franqueadoras de la Casa de la Vega.



Y entramos en aquella hermosa granja, de umbró-  
sas arboledas. La Casa de la Vega es uno de los sitios  
más nombrados, más amenos, de estos campos bur-  
galeses.

Yo tenía de la Casa de la Vega un recuerdo bo-  
rroso, me sonaba á algo de encantamiento, que se de-  
jaba ver á los simples mortales solo por aquel enreja-  
do de la puerta. Me acordaba también de un célebre  
manifiesto político que salió de allí, de entre aquellas  
frondas; una de tantas suertes como han echado á la  
división las fuerzas político-católicas de España...

El día era recio, hosco; el viento zarandeaba la ho-  
ja en las copas altas; era un día burgalés, tristón, frío,  
de los que acreditan á esta ciudad de preeminente es-  
tación veraniega.

La primera faena, el cuidado de todos con la guía  
y experiencia de las gentes de la granja, fué buscar  
abrigada, solana y resguardo para tender los limpios  
manteles en sitio no favorable á las pulmonías.

En buen castellano se debatió tan interesante  
asunto, y á vuelta de probanzas se eligió mansión á la  
vera de la casa, en cercado de árboles y no lejos del  
regato.

. . . . .

Llegaron del Capiscol las viandas y los esperantis-  
tas se olvidaron de todo, hasta del frío, porque sentían  
castellanas hambres.

Y, después de dar buen cumplimiento de cuanto  
cayó sobre la mesa, vinieron las inspiraciones y la na-  
tural, fresca y abundante, charla. No fueron ni brin-  
dis, ni discursos; fueron unas pláticas alegres, since-  
ras, de amigos muy entrañables.

Había en el ambiente una idea, un sentimiento;  
la idea de los merecimientos de D. Manuel Esteban,  
el sentimiento del afectuoso cariño de los esperantis-  
tas para su maestro y presidente. Eso tenía que decirse

solemnemente y en el lenguaje oficial y lo dijo en esperanto un señor Casas.

D. Manuel Esteban contestó en pausado, serióte, discurso, que era interrumpido por los esperantistas en jugueteo y ensayo de su lengua, y que se cerró con aplausos estrepitosos.

Otro señor, el señor Sarmiento, tuvo la mala ocurrencia de acordarse de mi y me sacó del sabroso silencio y apartamiento.

Dijo tales cosas de mi, que no era posible consentir la desfiguración de aquellas benevolencias.

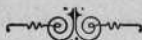
Y hete aquí que tuve que sentar plaza de orador. Y yo, que no soy esperantista, no pude resistirme y me entregué para ofrecer al Centro de Burgos mi ayuda, mi pobre cooperación, mis grandes entusiasmos, mis delirios por esta ciudad y por esta gente.

Y habló otro señor, y luego otro y el Sr. Zumárraga, burgalés de cepa, joven de talento, de poderosa palabra, de atrayentes simpatías, recogió todas las querellas de los esperantistas, todas sus ambiciones y anhelos y tuvo la bondad de reincidir en elogios y encomios para mi persona, engarzados en saludos del alma para Salamanca.

\* Y empezó la desbandada, el esparcimiento; el hablar en corrillos. Con acalorado celo se voceaba de grupo en grupo un ideal, el ofrecer á Burgos para el V Congreso de los Esperantistas.

¡Que así sea!

*Julio 1908.*



## LOS VALLEJOS

Decía mi distinguido amigo D. Vicente Lampérez, en sus recientes conferencias, tratando de la Catedral de Burgos, que aquí ha habido tradición de buenos artífices, escuela de canteros, algo de estilo local, y que llega hasta hoy, dando aire y tono personal á las construcciones burgalesas.

Es verdad. Yo muchas veces había pensado en ello. Hay aquí, en la piedra labrada, un sello, un modo, unas líneas que forman linaje de artistas. La manera de construir en Burgos es característica, no es cosmopolita, no es de otras ciudades, no es anónima, es de aquí, es burgalesa.

Y el notable arquitecto hacía hincapié en sus observaciones, hablando de un maestro, de un escultor y constructor valiente, genial, de Juan de Vallejo, el atrevido que concibió y levantó, sobre robustos muros, ese crucero admirable de la Catedral, desfiguración y amalgama de estilos, creación de una cosa nueva, con rasgos de un arte nacional, españolizado.

Juan de Vallejo llevó su talento de arquitecto, de artista, á la tracería sorprendente de esas bóvedas planas, de estrellas, que son pasmo de construcción, reveladoras de ideas estéticas, de atisbos soberanos..... Son como la última lucha de la materia con la espiritualidad del arte, para dejar paso á la luz del cielo.

Esas bóvedas de Juan de Vallejo, son arquitectura burgalesa. El señor Lampérez, con indiscutible seguridad, la de su fundamentada cultura, decía que no las había visto fuera de Burgos.

A mí me halaga oír á mi amigo que Vallejo transformó los domos y cimborrios bizantinos, esas siluetas de Santa Sofía que se admiran en Toro, Zamora y Salamanca, en esta concepción del crucero de Burgos, con los dos órdenes de ventanales, con las torrecitas de empuje...

\*  
\* \*

Esa idea de la escuela de canteros burgaleses y esta otra del relieve artístico de Juan de Vallejo, las he conjuncionado yo, al conocer y tratar á un modestísimo obrero, de los que levantan y ponen en firme los cuarteados muros de San Nicolás.

Quizás sea repetición molesta, la de sacar siempre á colación las obras de San Nicolás. No importa.

Todos los días estamos, los que emborronamos cuartillas, haciendo nombradías y famas, personajes y prestigios... Alguna vez hemos de enfocar á uno de esos hombres oscuros, meritísimos, verdaderos tipos, de raro talento, de ingeniosa habilidad... Y más, si á todo eso amontona la honradez, la virtud del trabajo que conforta, que alegra, que dá vida á una casa y á una familia buena.

Mientras este hombre anda en sus atanes, proyectando arriesgados andamiajes, ó con el metro á mano, ó picando piedra, ó dando la voz de mando... ¿cómo ha de pensar que hay quien le sigue con los ojos, quien le admira?

Se llama también Vallejo este restaurador de San Nicolás. El recuerda de sus padres, abuelos y... todos canteros, maestros de obras, que han trabajado en cuantas restauraciones y construcciones se han hecho en Burgos. No sé si será fácil ó difícil el buscar la línea para acercarnos á aquel otro Vallejo del Crucero de la Catedral, ¿Por qué no hemos de pensarlo fácil, cosa hecha?

A los soñadores se nos consienten muchas licencias, como á los poetas. Y lo que no pasaría por mano de notario ó archivero, por delineantes de árboles genealógicos, queda autorizado en una crónica impresionista.

Lo que sí puedo asegurar es que este Vallejo que yo conozco, este honradote burgalés, este oscuro obrero á quien yo estimo mucho, es digno de que lo entronquemos con Juan de Vallejo.

Yo os invito lectores míos, á que visiteis las obras de San Nicolás. Vereis si no ha sido preciso un talento de cantero burgalés para resolver allí problemas difíciles: con qué claridad vé y discurre Vallejo, con qué pocas explicaciones entiende al arquitecto, con qué sobriedad ordena, con cuánto afán trabaja y enseña, cuán grande es su entusiasmo, su honradez y su bondad.

Hay que verle en los momentos difíciles, cuando es intrincado el paso. ¡Y no han sido pocos!

\*  
\* \*  
\*

En las vigas viejas de San Nicolás se han encontrado rótulos de otros Vallejos que allí pusieron sus manos.

Al cerrarse todas las hendiduras y al poner término feliz á la actual restauración, yo quisiera que el nombre de Vallejo, de ese modesto obrero que viene de abolengo de artistas burgaleses, que lleva un apellido glorioso, se grabe donde no pueda borrarse.

Y unido al del marqués de Murga, queridísimo amigo mío, que tan arriba ha puesto la raya de su amor á Burgos.

*Agosto 1908.*



## DOÑ ROBUSTIANO

Por delante del Camposanto viejo, echándose afuera del coto de Empecinado, al borde del terraplén alto, se asoma uno á pintoresco panorama, se domina ciudad y campiña, gran porción, en extensa cinta.

Parece que se han levantado ejércitos de árboles, alineados y en formación, ó en desorden armonioso; recortando caminos y veredas, sombreando vegas y huertas. Y pasando la vista por las cumbres y las copas más altas, al otro lado, un horizonte cerrado, de tésos y alturas, de ribazos verdes, por donde sestion y pastorean los ganados. Lejos, muy lejos, el pueblecito de Cortes y el arranque de los manchones verdes de Fuentes blancas... Un caserón viejo y feo tapa la silueta funeral de la Cartuja; no deja ver Gamonal, el Capiscol... Allá al fondo cordilleras en líneas borrosas..

De frente, despuntando entre los chopos, las torrecillas de encastillados caseríos señoriales... á una y otra mira conventos, tonos de abadías... San Pedro y San Felices... San Zoles... Una monotonía de ventanas, el Hospicio, la línea férrea, camino de Huelgas y el Hospital del Rey.

Y á esas alturas subía y por aquel borde del terraplén alto, paseaba vuestro D. Robustiano, que en santa paz esté.

No sé si le atraería el imaginarse todo lo hermoso del lugar y de la campiña, por que él no miraba y si miraba no veía: ni creo que de intento buscara la silenciosa compañía de las tapias del cementerio, él que no acostumbraba á estar callado. Lo que sí digo es

que tantas, veces lo ví paseando, de acá para allá, por el sendero más al borde de aquellos vericuetos, que cuando ha venido á mi memoria D. Robustiano no he podido recomponer mejor su figura que poniéndola allí.

Por allí paseaba con predilección D. Robustiano. Era D. Robustiano más bien bajo que alto; su cabeza pequeña y redonda, encorvado el cuello en más de medio punto, pegándole la barba en el pecho.

Casi puedo asegurar que traía en verano la ropa del invierno, de paño y no ligero, y de probada duración: el cuello del manteo, rígido, duro y presuntuoso hasta tocar en las orejas. Con airosa, no descocada manera, terciaba sus hábitos talaes.

Y como llevaba casi colgando la cabeza, venía á estribar sobre las espaldas de D. Robustiano la mitad posterior del inmenso alero de su teja. Era el sombrero de D. Robustiano en demasía largo y estrecho. Lo había heredado de su tío, cura que fué de Quintanilla de San García, cuya cabeza guardó por más de veinte-ocho años. En poder de D. Robustiano el sombrero heredado, alcanzó perdurabilidad, siendo un prodigio de forma esencial.

Cuando entraba en la Catedral D. Robustiano sujetaba su sombrero con ambas manos, adjuntándolo á su pecho, vuelta para el público la concavidad y tocando por un extremo del alero con la barba y por el otro á las rodillas.

Un día vieron, sus conocidos, á D. Robustiano completamente distraído. Llevaba sombrero de copa, levita azul y armado de un respetable paraguas verde..... Iba de viaje.

Estos hombres que así dejan delineada su típica figura, la huella de su paso y de su vida, no son hombres del montón; tienen algo dentro, un carácter, un

ingenio, una virtud, algo que los especifica, que les dá relieve, que tarda en borrarse.

D. Robustiano, que vino á Burgos exclaustrado de la orden benedictina, traía ya el hábito del trabajo y del estudio. Yo lo conocí ya al declive de su vida; aun entonces, cargado de años, era su parla aguda, critica, ingeniosa: le gustaba enterarse de las cosas, saber.

No hacía falta presentación ni antiguo trato. Se acercaba cualquiera á D. Robustiano y lo de menos para él era el individualizar su compañía; tenía con quien hablar y hablaba de *omni re scibile*, de política, de moral, de hidráulica, de domésticos sucesos y ocurrencias.

Conservaba el compás de su profesorado en el Seminario. Con aquel cabecear suyo, siluetado por el balanceo de su enorme teja, iba su ténue voz saliendo maquinalmente, cerrando y abriendo sus pequeños y vivos ojos, platicando en tono doctrinal, excátedra *Theologiæ moralis*.

Fué un moralista. No era D. Robustiano un improvisado. Había leído mucho. Sus explicaciones en el Seminario las recuerdan aún generaciones de sacerdotes. Era una explicación nutrida de doctrina general, amenizada por un casuismo humorístico, burlón, casero, con citación de nombres y casos, genial.

A cátedra iba casi en ayunas, aún cuando la tuviera por la tarde.

De esta su larga labor en la enseñanza conservo el relato de su ingeniosa despedida. Estaba ya viejo, muy viejo; él conocía su decadencia. Pero era injubilable. Pesaba mucho el respeto y la honorabilidad de su ciencia y de sus méritos.

Llegó el 1.º de Octubre á su cátedra. Entró D. Robustiano enviando como embajador su sombrero de teja; abrió sus ojillos, extendió su vista por la clase;



la vió llena de alumnos, un alarmante lleno, y calándose solideo y sombrero, dijo magistralmente «Señores, esto no es para mí, que ustedes lo pasen bien».

Y así cerró su obscuro y laborioso profesorado.

Por ahí andan, todavía frescos, muchos rasgos y dichos y hechos de D. Robustiano. Nada que desdiga de su genialidad buena, de su decoro y ejemplaridad.

Se afeitaba sin espejo, y así salía ello. Cuando tenía que predicar se aislaba en su paseo, desde el cementerio á San José. Si alguien se acercaba á D. Robustiano, tenía que darse por convencido de que el benedictino no le hacía caso. Y vuelta va y vuelta, viene, él componía el sermón y lo escribía en ¡un papel de fumar! Y así y todo, dicen que era cosa digna de oirse. No ponía la gracia en la extensión, ni en la resistencia pulmonar; cosa que con frecuencia se padece hoy.

Y era temible actuando de fray Gerundio. A voces pronunciaba su fallo contra los malos predicadores «infragantís»

Madrugador, como buen fraile, se eternizaba en su confesonario, en la capilla de Santiago. Y decía, con mucha gracia, que de él huían las señoritas; que él solo tenía penitentes de largas barbas y de grandes hazañas.

Un año vine á Burgos y, al pasar mi revista, eché de menos á D. Robustiano. ¡Se ha muerto! me dijeron.

Y supe una coincidencia de su muerte que quiero poner aquí, en estas memorias de D. Robustiano.

Fué aquel día, que está tiznado en los anales de Burgos con «la muerte del gobernador». Los que se acuerdan de aquel formidable alboroto y revolución lo refieren con espanto.

D. Robustiano no oyó nada, ni se enteró de nada. Estaba metido en el confesonario de Santiago, espe-

rando penitentes barbudos. De pronto se le presentó un joven que le anunció lo que ocurría en Burgos y se brindó á acompañarle á su casa y ampararle del tumulto.

D. Robustiano no olvidó nunca aquella obra ni á aquel joven. Pasó el tiempo, y quièn lo había de pensar: el mismo día en que aquel joven, hombre ya, moría victima de una catástrofe espantosa, espiraba, en su casita de Burgos, el bueno de D. Robustiano.

De estos misterios no se pueden dar interpretaciones. Dios escribe la vida de los hombres.

*Agosto 1908.*



## FREDELVAL

Allá abajo, en la vertiente de no sé cuantas lomas y tesos, entre álamos altos que ponen sombra y frescura en aquella sequedad de tierras con rastrojo que abrasa, están unas ruinas. Paramentos al aire, arcos de bóvedas, desnudos, ventanales tapiados, muchas ventanitas iguales; las ruinas de una iglesia y de un convento; las cercas de la huerta, la vega apacible, la fuente de pura y limpia agua... ¡Fresdelval!

Esto era, me dicen en tono de explicacion, un convento de jerónimos. Estamos frente á la entrada de la iglesia: es una portada sin grandes cosas, tiene sus líneas características de un periodo de transición, impersonal.

Y se entra en lo que fué iglesia... todo derrumbado. Es ahora un corralón de la granja.

El claustro del convento está casi intacto, es muy lindo, gótico, florido en sus galerías bajas. Ha crecido la yedra por entre las hendiduras de las piedras. ¡Qué tristeza da aquel claustro de Fresdelval!

\*  
\* \*

El convento, después de echar á los frailes, fué demolido, Esto era una señal de progresismo.

Vinieron las *evoluciones* del derecho de propiedad y Fresdelval pasó á manos de un pintor.

Jover sintió la poesía melancólica de aquel retiro y quiso hacer allí mansión para el arte. Pintó cuadros para la techumbre de la escalera, para algunos muros de la iglesia, y en torno suyo tenía con frecuencia á

amigos pintores que dejaban, en Fresdelval, sus trabajos. Se iba haciendo un estudio y un museo.

A la muerte de Jover pasó á otras manos Fresdelval. No me quiero acordar si á las de un marqués ó una marquesa. Cuentan que el nuevo dueño pensó en *desarmar* el claustro y llevárselo á su tierra para patio de un palacio... y lo demás del convento para sembrar legumbres y criar cerdos, dicho sea con perdón de ustedes.

El trasplante no se efectuó, gracias á buenos burgaleses y á Balaguer, que gustaba del retiro de Fresdelval y de la poesía de sus ruinas.

Pero de ahí no se ha pasado. Lo que está en pié de una iglesia y de un gran patio se viene al suelo poco á poco, y menos mal si el claustro no empieza á agrietarse.

\*  
\* \*

¿Y qué se ve en Fresdelval? Eso, el claustro y las ruinas, y una ordenada serie de restos arquitectónicos, de epigrafía y heráldica, cuadros raídos... y las habitaciones de la señora que actualmente usa y disfruta del monasterio.

Me olvidaba de un recuerdo. Hay dos escudos, uno arrancado y otro incrustado en la pared de una pieza obscura, que ahora sirve para no sé qué servicios de agricultura, de los renteros de la finca.

Son dos escudos reales de Carlos V; son las señales que quedan de los propósitos del Emperador de retirarse á Fresdelval. No lo hizo, porque cuentan los burgaleses que le convencieron al Rey de que esto era tierra muy fría... y se fué á Yuste.

\*  
\* \*

¿Y qué impresiones trae usted del Fresdelval? Esas y otras muy agradables impresiones. Porque la poe-

sía, aun la que inspiran las ruinas, es cosa sabrosa y del alma. Yo traía pena, amarguras... pero eran caricias de mis lirismos y me gustaban.

El arte, cuando no encuentra manos piadosas que lo respeten, que restauren sus creaciones; habla así quejumbroso, melancólicamente; inspira ansias de rescate, maldiciones para tiempos y gentes demoledoras, remembranzas dulces, tonos agrios...., pero todo lo inspira el arte, es plática suya, es poesía, la poesía de las ruinas que yo dejé entrar á puerta abierta por mis sentidos y por mi alma, en las horas suaves que pasé en Fresdelval.

*Agosto de 1908.*



## SAN PEDRO DE CARDEÑA

Dando vuelta por los Pisones, uno de los inverna-  
naderos para los paseantes de Burgos, á mano derecha  
la carretera de Madrid que se empina por los cerros,  
sigue el camino. Cardeñadijo, Carcedo... las Ventas...  
y en lo hondo del valle, el monasterio, San Pedro de  
Cardeña.

A San Pedro de Cardeña fuí con estos franceses de  
la Unión escolar, que están ganosos de ver y andar  
por castellanas andanzas.

Hay que bajar por una senda estrecha, ondulante,  
entre manchas verdes, arbustos silvestres... Paisaje  
recortado, halagador.

Abajo, en lo hondo del valle, la mole de piedra, la  
iglesia y el convento.

En la explanada, al empezar lo que debió ser ya  
del monasterio, hay un arco solitario, entre zarzales  
que brincan por las piedras.... Me pareció retazo de  
un lienzo, un sitio para cantar poesías, para ver color  
y luz.

Tú, lector, ya sabes de San Pedro de Cardeña. No  
tengas miedo: no voy á entrar por las hiladas del poe-  
ma del Cid, ni vas á llorar las lágrimas de aquella des-  
pedida de Rodrigo cuando dejó, encomendadas al  
abad, á su mujer Ximena y á sus hijas.

. . . . .

\*  
\* \*

A la puerta del monasterio que es una puerta de  
borroso sabor artístico, está el buen guardián de los

capuchinos, los que hoy habitan aquel solar de memorias del Cid, el antiguo monasterio de benedictinos.

Son capuchinos de los expulsados de Francia.

El buen guardian, hombre en plena vida, de enrosada mejilla, barba cuidada, larga, se adelanta presuroso al oír hablas suyas, acentos de su patria amada. Sus reverencias y saluciones, las más expresivas, se cruzan con las de sus compatriotas, y empieza una interesante explicación histórica, leyendaria, artística, de recuerdos y relaciones... El buen guardián, en francés, lleva su voz triunfante; en seguimiento suyo iban los excursionistas, atentos, silenciosos.

Hemos pasado vertiginosamente, desde las cartas de fundación del monasterio, á aquel orden y estado de ruinas del claustro primero; todos levantamos la cabeza para fijar los ojos en el escudo del Cid y en la inscripción alta «aquí estuvo el palacio del Cid»; la fuente de los Mártires, que corrió sangre, la vetusta sala capitular, los restos románicos..., la huerta, el jardín... Todo explicado por el buen guardián con interés, con tonos graves.

De retorno al convento, hemos visto la biblioteca y la capilla interior. Era hora de oración; han entrado poco á poco, con los frailes, unos sacerdotes allí recogidos. Figuras venerables de capuchinos ya viejos, que se movían trabajosamente: rostros de maceración, alargados por las largas barbas blancas.

Hemos ido después á la iglesia. Los franceses excursionistas han abierto sus cuadernos: toman notas de la explicación que oyen, en la capilla de las sepulturas del Cid y su familia...; allí han sentido estremecimiento.

Aún queda por ver y explicar la fachadita de la iglesia, con tres figuritas de fina talla, de líneas bizantinas, angulosas. Y unos escudos, y unos blasones y unas medallas... Todo, todo, nos lo ha explicado admi-

rablemente, al por menor, y todo hecho interesante por su relato habilidoso, el buen guardián.

\*  
\* \*

Llegó la hora de las saluciones de despedida y ellas fueron cumplidas, afectuosas, aires de Francia que encontraban ecos en almas hermanas.

Subimos la pendiente estrecha para entrar en un cercado y reposar un rato.

Yo miré atrás. El buen guardián se alejaba, iba otra vez al retiro de su destierro. Dejádme pensar en las amargas de su pecho. Me pareció muy grande su alma en aquella lucha de añoranzas y recuerdos: me pareció muy grande su heroísmo. Seguramente cuando llegase á su celda lloraría, regalando aquellas lágrimas á su Francia querida.

\*  
\* \*

En el cercado, al apacible sombrío, refrescamos nuestra boca en aquella agua cristalina de la fontana.

Y yo leí cosas de Gabriel y Galán, *Las repúblicas*, *La galana*, *La sementera*... Mis amigos, los franceses, se asombraron; ellos y los otros interrumpían con aplausos el hilo de la inspiración de nuestro excelso poeta y gozaban de sus delicias... ¡Qué afición desperté en todos á gustar más de los cantos de Galán!

Hubo luego cánticos y tonadas alegres y un regreso á la ciudad impregnado en halagüeñas impresiones.

Agosto 1908





## LAS NO HERMOSAS

Si por las vísperas se conocen los santos, bien conocida está, en Burgos, la fiesta grande de la Patrona de la Catedral. ¡Qué campaneo más alborotado y jubiloso!

Vísperas solemnes, con toda la clave de campanas volteada; y al despedirse el sol cayendo la tarde, y lo mismo por la noche al toque de las Animas.

Han bajado ya del retablo la Virgen de plata, que tiene el niño en los brazos y está sentada. Está puesto el dosel al lado del Evangelio y en frente el trono para el Arzobispo que ha de celebrar de pontifical. Y á la vera del púlpito el cuadro de la Asunción con altos candeleros por delante. Se han sacado las ropas buenas y las capas pluviales; se ha tirado por el centro de la nave mayor la esterilla blanca para que se arro-dillen «los señores» y la alfombra muelle por las grad-as del presbiterio; y están en el altar los floreros de plata... Todo para la fiesta grande, para la octava grande.

.....

Qué algarabía de campanas chicas y grandes, todas sonando á la vez, cada cual en su tono y escala. Está la procesión de la Virgen por las naves y por el claustro. Ella es la Patrona de la ciudad y de la diócesis, y la que da título á la Catedral, la Asunción.

Es un día de fiesta muy grande. El día de Santiago es también de mucho color en la Catedral, pero son las gentes lugareñas las que dan luz y animación al

cuadro. El día de la Asunción es de fiesta para los señores de la ciudad.

No cesan las campanas, se han vuelto locas, alborotadoras.

Está la procesión de la Virgen por las naves y por el claustro. Va delante la Cruz metropolitana, que la lleva un monago vestido con dalmática; detrás los salmistas y los niños de coro, los señores beneficiados y los más señores canónigos, con hachas encendidas y todos con capa pluvial... Y entre las dos filas la Virgen de plata, la imagen aquella que vive todo el año en la hornacina central del retablo mayor, entre coros de ángeles. No la miran los burgaleses con ojos de crítica artística, la miran y la veneran con amor. Va sobre andas cubiertas: debajo soportan el peso unos hombres vestidos con túnicas ceñidas. Así va la Virgen, como sobre las muchedumbres, avanzando ella sola.

Siguiendo á la Asunción van los ministros rodeando al Pontífice; el Pontífice de ornamentos pontificales, majestuoso, solemne,.. y detrás un grupo de doncellas, con candelas en la mano, devotas, modestas, piadosas...

—Son las hermosas, dicen las gentes del pueblo.— Pero un entendido las desmiente.—Las hermosas, dice, son las de Septiembre.

Así es. Que el día 8 de Septiembre suben á comulgar en la misa solemne, en la Catedral, dos jóvenes doncellas, llamadas por una fundación benéfica para recibir dotación para contraer matrimonio ó profesar en convento... y la fundación las llama así, «hermosas doncellas».

Estas otras del día de la Asunción también reciben algo para su dote, pero no las llama «hermosas» la fundación.

. . . . .  
Se acabó la misa. Las agraciadas, «no hermosas»,

reciben los parabienes y felicitaciones de sus amigas; las gentes se agolpan al paso del Prelado para besar su anillo, impacientando á la comisión capitular...

Y las viejas rezadoras, estas mujeres del pueblo que guardan en tesoro las heredadas tradiciones, empiezan á dar «vuelta á la nave» rezando rosarios... Así están todos los días de la octava, dando vueltas, para ganar indulgencias.

*Agosto 1908*



## MI SEÑOR PABLO

¿Te acuerdas, lector amigo, de aquel viejecito simpático, que pedía limosna en el Arco de Santa María?

Yo escribí de este pobre viejo. Me interesó mucho su vida, la estrechez en que pasaba los días de su decrepitud; aquella menguada consignación de su presupuesto, de *unas perrillas*, con que realizaba él, todo su vivir.

Y guardo, entre lo más sabroso de mis memorias, el haber empleado aquellas cuartillas para loor de mi pobre viejo, para detener ante la figura de mi señor Pablo, á los que pasaban antes sin mirarle ni conocerle. Qué contento me puse cuando supe que mi artículo, la semblanza del Señor Pablo, le había valido muchas limosnas, muchos amigos misericordiosos y que ya no le faltaba ningún día el presupuesto de los *sesenta y tantos céntimos*, y que un señor, bueno, bueno de veras, apartaba todos los días en su mesa, de su misma comida, una ración para el señor Pablo....

—Mire usted, me decía el señor Pablo; hay un señorito, usted lo conoce, un marqués creo que es, que me cuida, que me dá de lo que él come.... ya no me falta nunca nada; ¡qué bueno es, y la señora qué buena! Pero estoy muy malito, voy á *finar* este año, ya no vuelvo á ver á usted, ni á estos angeiitos suyos.

. . . . .

\*  
\* \*

Pobre señor Pablo. ¡Tenía razón! Presentía el fin

de su vida, ya cercano. Había pasado de los noventa y dos años, no se tenía en pié....

Ahora, estos días, cuando he estado en Burgos, pregunté por «mi pobre».

—Se ha muerto, me dijeron.

¡Qué impresión me causó la noticia! Bendije su memoria, recé un Padre nuestro y pensé que ya estaría en el cielo.

En seguida quise averiguar pormenores. ¡Qué deseo me entró tan imperioso, como de un deber, de escribir unas cuartillas necrológicas del señor Pablo! No me podía aquietar á que su muerte pasara en silencio. Alguna vez habían de dedicarse estos honores que tanto prodigamos, á un pobre viejo, mil y mil veces más interesante, de más relieve, de más fisonomía moral, que muchos del montón á quienes, la facil pluma periodística, llama ilustres muertos, y se llora inconsolablemente como pérdidas difíciles de reponer.

Con cuántos merecimientos, con qué nimbo de gloria murió mi señor Pablo, la gloria y los merecimientos que dan la honradez, el trabajo, la paz de vivir bien, la quietud del que no ambiciona nada, que rendido por la vejez y el desgaste de las fuerzas, besa gozoso el pan santo de la limosna y recibe así, de Dios mismo, el sustento.

\*  
\* \*

Fué un día de Noviembre último. Día griñón, de niebla, de frío, de muerte. Bajaba el señor Pablo, arrebujaado en su tapabocas, hasta las cejas la boina; y bajaba por la cuesta de San Nicolás, muy despacio, tardando casi una hora.

Ya en la plaza de Santa María, se encontró con el médico.

—¡Ay, D. Florentín!, que voy á finar, me siento enfermo.

—El pulso, la lengua. Si, señor Pablo, no está usted bueno; á casita y á la cama.

\*  
\* \*

Pasaron dos días. El señor Pablo no bajaba, no venía á casa de aquel señorito que tanto lo cuidaba y que le apartaba de su comida.

Y el señorito, el marqués, fué á visitarlo á su choza, allá arriba, á San Esteban.

Estaba el señor Pablo en su triste y desamparada cama, acabándose, como se acaba una vela. Tembloso, agradecido, con el alma, hizo á su buen amigo aquellas reverencias con que él sabía pagar la limosna.

Desde aquel instante no le faltó nada en su enfermedad: Allí se instaló una enfermera; tuvo ropa limpia, cama aseada, caldos sustanciosos, vino exquisito, y cariño, cariño de la caridad pródiga, liberal, dadivosa.

—Quiero morir, decía el señor Pablo, como buen cristiano, quiero el *Viático*.

\*  
\* \*

De Santa Agueda salía el Viático al oscurecer. Dos largas filas de hombres, con hachas encendidas, todos los obreros de San Nicolás. Y el Señor bajo palio, llevando las varas unos caballeros.

Las gentes, arrodilladas al paso del Viático, se asombraban cuando veían que aquella piadosa, numerosa comitiva, subía la cuesta de San Nicolás y las cuestas de Saldaña.

¿A dónde irán? ¿Qué gran señor, qué ricachón estará grave? ¿Quién será?

Aquellas filas se detuvieron ante una casita miserable; la casita del Sr. Pablo.

Mi pobre viejo, limpio como el ampo de la nieve, rasurada su cara, sentado en la cama, contestaba al

sacerdote, con firmeza, con lágrimas. Y recibió á Dios en su pecho.

A la derecha de la cabecera estaba su gran amigo, el marqués, el que había dispuesto todo.

El Sr. Pablo, lo vió, lo miró con los ojos arrasados, se lo pagó todo.

—¡Dios se lo pague, mi señorito!

\* \* \*

Al día siguiente un entierro modestísimo iba camino del cementerio; muchos hachones, muchos pobres, mucho acompañamiento, el clero entonando los salmos. El entierro del pobre Sr. Pablo.

Las gentes no salían de su asombro. Estaban admiradas bajo la sugestión del mejor sermón, de la predicación del ejemplo, de la hermosura de la caridad cristiana.

Que me perdone mi afectuoso, mi verdadero y querido amigo el Marqués de Murga. Yo tenía que hacer mi ofrenda, tenía que enaltecer á un pobre, á mi Sr. Pablo, que en paz descansa, y he querido también revelar, para ponerlo muy alto, en candelero, lo que hace á los ricos, ricos de veras, grandes con grandeza, nobles de alma nobilísima.

*Mayo 1909*



## EL DIA DEL CARMEN

Para la Virgen del Carmen hay siempre ambiente en la devoción popular. En Burgos me parece que no miento si digo que es la devoción más rancia y más burgalesa. Yo os diré de mí que aquí he aprendido lo rico que sabe ese nombre de la Virgen.

Es que estas cosas de devoción, no contaminadas con los modernismos piadosos, que son terriblemente dañinos, son de robusta firmeza, son muy de la entraña cristiana, tienen color de religión, aroma de lo divino, de lo de arriba...

Pasan los años y no pueden borrarse estas huellas. Cada día veo con más luz lo hermoso de la sencilla piedad; cada día que pasa me hace más amable lo más simple, lo menos ruidoso, en esto de las prácticas cristianas; me dá más pena que un falso celo se avenga bien con lo que yo llamo mundanización de la vida religiosa.

Llegaba el día del Carmen, esperado con aquellos nueve días de unción carmelitana. Gracias á Dios no han inventado otras oraciones, ni otra letanía.

Y venía la hora de la procesión. ¡Qué procesión aquella! Es verdad que no había gasas vaporosas, ni cintajos colgantes. Salía la Virgen del Carmen, como debe estar en el cielo, sin más adornos ni flores que la hermosura de sus ojos mirando con misericordia. Y no se había hecho moda ese renacimiento de las fiestas profanas, lo de las carrozas. Iba la Virgen del Carmen sobre los hombros de los carmelitas, sus hijos, los de la capa blanca y del escapulario santo.



Mi Virgen del Carmen! Cuántas veces la recé yo allí, en esa pradera de las Delicias, cuando pasaba, entre un pueblo apiñado, devoto, sencillo; sin más aparato ni vana fastuosidad... ¡Qué secretos me tiene guardados!

Cuánto más carmelitano era aquello! Y paseaba la Virgen por su retiro, por entre aquellas umbrías que guardan siempre, que son custodios de la Iglesia del Carmen.

Si la oración y el culto y la liturgia y las ceremonias son poesía, son arte del cielo, halagos de una belleza muy alta.

Este empeño de pasear las procesiones, las imágenes, por lo más bullicioso y mundano de las ciudades, no sé de que cabezas habrá salido ni sé para qué almas se habrá ideado, como alimento y gozo.

Esto de engalanamientos, de escenografía, de percalinas, de mecanografía, para las manifestaciones públicas de la religión, será todo lo que se quiera; pero yo he de decir que son como ahuyentadores de la oración, y de la piedad verdadera, son como profanaciones que hacen manos pecadoras en lo más santo, en lo más serio, en lo más entrañable de la religión.

A mí no hay quien me convenza de que así se hace obra de evangelio. Es un esfuerzo dominador del mal gusto, del mal gusto que debe tener mucho parentesco con el diablo para meterse así en la Iglesia, y en el culto y hacer un daño enorme.

Que nadie lo tome á mal. Quizás se abuse mucho hoy del mote del *modernismo* para combatir con supuestas caravanas de hereges. El modernismo se nos ha entrado en la devoción, lo tenemos en casa.

Fé robusta, fé sencilla de mis padres, vence tú, triunfa tú. Venga una restauración que haga paladear lo suave, lo profundamente religioso, de las prácticas buenas empapadas en el espíritu de la Iglesia.

Bien sé que á esto lo llamarán.. modernismo, he-  
regía, atrevimiento.

No faltará algún tonto que diga que esto es ente-  
rrar á la Iglesia en las catacumbas.

Yo lo oigo, perdono y sigo mi camino, seguro de  
que voy bien, en buena compañía.

Lo que caerá será la hojarasca y lo hueco.

*Julio 1909.*



## SAN PEDRO Y SAN FELICES

Hay que cruzar la vía: es el camino más rústico, más campesino, más burgalés. Va dando vuelta y subiendo. San Zoles á la derecha, en un alto y más allá la ermita de Santa Ana, la de los notarios, que hace señal y guía para la fuente de la *Madre Juana* y desvía á la izquierda el camino para San Pedro y San Felices.

A la vista de la ciudad, pasando por medio el ferrocarril, desdibujándose borrosamente los linderos de lo urbano y lo rural por las calles y barrio de Santa Dorotea, en pleno campo, en vida de ruralismo; y abajo, á lo lejos, las casas altas, [los paseos alineados, los palacios y los castillos, la perfilada Catedral; y más lejos fondo de fortalezas, otra edad, el linaje castellano, los hitos de la historia y de la grandeza heredada, Burgos la ciudad de los Condes, de los hidalgos, de los reyes, de los nobles....

La iglesia de San Pedro y San Felices, en el altozano, como la iglesia de un pueblo. ¡Qué sabor de iglesia campesina! Ella sola, soberana, madre, amparadora, vigilante, presidiendo el trabajo de los labradores, guardando la sementera, bendiciendo las cosechas....

Es una iglesia con reliquias de arte, con rastros de época, con señales de misteriosos días de cuna religiosa; algo hay allí de una fábrica primitiva, cobijo del

alma castellana, de leyendas y tradiciones, de crónicas y cricones, de lejanías sabrosas. Y conjuntamente la memoria de fundaciones, de votos, de cofradías, de ofrendas rancias y castizas. Imágenes de trasiego que van contando los siglos y las generaciones, que dan testimonio de otros altares, de otros tiempos, que guardan la oración del caballero y del andante, del que guerreó y del que ganó trofeos, del señor y del pechero, de la viuda y de la moza, de la madre y del hijo. ¡Qué raingambre de fe!

Yo he subido aquella amorosa cuesta sesteada por las pastorías de vuestros ganaderos y he respirado allí arriba al cobijo de los frondosos árboles, dominando á la ciudad, al abrigo de las cumbres, una quietud, un sosiego, unas dulzuras...

Las gentes parroquianas de aquella iglesia, que es un monumento burgalés, viven afanosas en sus trágines de labranza, son amigos cuidadosos del campo: no dilapidan esas riquezas del trabajo, las más sustanciosas, las que dan más paz; no se acuerdan apenas de la ciudad. Tienen allí sus sindicatos, sus consejeros, sus ambiciones. Tienen también su Iglesia y su Párroco: no se van á la ciudad para orar, no dejan sola á su Virgen, ni se olvidan de su cofradía, la antigua, la vieja, la de sus abuelos, la que da vela piadosa cuando sale el Señor para la casa del enfermo, la que da el responso, la paz eterna, la cruz de la sepultura, para los muertos; la vieja cofradía, aquella hermandad que alarga el pan á los pobres.

Las gentes de San Pedro y San Felices, no se van á la ciudad: está allí, en la iglesia de la leyenda y de la historia, su Dios, tienen allí su fé arraigada: el buen párroco, el buen pastor, les da instrucción, escucha sus querellas, falla sus litigios y es un embajador cuando hay que ir al *Diputao* cuando hay que bajar á la *Hacienda* ó á ver al Sr. Gobernador.

Y tienen allí sus tierras agradecidas, que les brindan el ciento por uno como don del trabajo, de la honradez, del vivir á gusto.

*Julio 1909*



## LOS TIOS DE PUEBLO

Hay que verlos entrar en la ciudad por el Arco de Santa María. Es la entrada obligada, como si no hubiera otro camino que aprender: es que van á la Llana y si no van á la Llana por allí pasan, y eso es venir á la feria.

Son caravanas de borriquillos las que vienen por estas carreteras, á *San Pedro*. Los pobres aldeanos traen á vender el saco de trigo, á cambiar el borrico y á mercar para la casa ó para el campo. Por tradición rueda de padres á hijos el júbilo de la feria de San Pedro. Vienen contentos y con la esperanza de gozar mucho.

Al mozo que le tocó en suerte, á la moza que la ofreció su madre venir á Burgos, no le es ingrata la jornada; ni molesta la cabalgadura. Vestidos de paño burdo, con la gorrilla calada, el chaquetón al hombro y la camisa blanca remendada, vienen á la feria, el día de San Pedro.

Y tienen tiempo *pa todo*. Van á la Catedral, lo primero; forman cordón los del pueblo, cogidos de las manos; no dejan en la posada ni las alforjas.

El coro, los canónigos, el Pertiguero, el órgano, el Papa-Moscas, el campanillo de las capillas, la procesión claustral... todo lo que se mueve y mete ruido es asombro para sus ojos. Ellos sienten así lo grande de las cosas de la ciudad. La Catedral, el arte, los atonetece, los acobarda; la sienten.

Por las calles lo ven todo á su manera: con cierto candor infantil. Ellos gozan de la iluminación, aún

cuando sea la de todos los años; y con los fuegos artificiales aun cuando cada año sean peores; y los gigantones y las dulzainas, y las músicas, todo es diversión que les embarga cuerpo y alma.

No sé si á muchos les será dado el gastarse dinero para ir á los toros; y refrescar ó tomar café á la salida, y por la noche ir á la comedia. Los afortunados llevarán al pueblo estas impresiones hondamente gravadas.

Estas gentes sencillas y buenas saborean, como los niños, estas fiestas y estos días de las ferias. No se aburren como los *señoritos*, los hastiados de todo, los que buscan por oficio y empleo la diversión.

Los señoritos aburridos no entienden cómo gozan los hombres del trabajo y de la privación.

No hay que reirse de los tíos de pueblo que vienen á la ciudad, á la feria. Ellos son los que traen el fruto de unos afanes, los que compran y cambian y venden; los que dan la nota de color y de vida. Dejados gozar á sus anchas, en la sencillez de su sentido, de los gigantones, de las dulzainas, de los fuegos artificiales, y que vayan á la Catedral á verla bien, ¡que ella les guió á la vista de Burgos y ella les asombró con su gigantesca hermosura!

*Julio 1910*



## MANCHAS DE COLOR

A lo largo del río, al frente del barrio de Vega, se estacionan los carros de toldo y sin toldo, tirados por bueyes, tirados por mulas.

Queda, entre las filas de carros y el paseo, trecho para ir pasando apretadamente los coches y las cabalgaduras. Puede hacerse la historia del transporte y venir en conocimiento del peaje de toda la provincia.

Allí fueron, en otros tiempos los paradores y mesones más famosos de Burgos. La tradición los detiene allí; la Merced, Vista Alegre. Hoy se llamarán de otro modo y ya no habrá memoria del posadero viejo.



El Arlanzón queriendo secarse, apretando su cauce por las hondonadas. El Espolón, de un lado y de otro guardando la jurisdicción del río y diciéndole «llena este canal si puedes» Prados de frescura, á ratos el charco y á ratos la corriente. Por allí andan los ganados pastando á sus anchas, regalones, sin enterarse de la feria, sin darse cuenta de su trashumancia, sin atormentarlos el agio ni la gitanería. Cuando se cansa del lado allá, en hilera, solemnemente, cruzan el agua...



Gitanos y mercaderes, los que ofrecen ganados y los que van á comprar; los haces de madera... la Exposición de todos los años. Está el paseo de la Quinta, con sus filas largas de altos árboles, con sus praderías,



convertido en hermoso ferial, de animación, de contratación al aire libre, intrincada, sutil, segura, castellana, sin notarios ni escribanos.

De allí ha de venir á la ciudad el fruto de la feria, el dinero contante y sonante, lo que hace vivir y de donde sale la diversión verdadera. Bien se ganan estas gentes que, á pié quieto, soportan las horas de calor y de ahogo, una sesión de fuegos artificiales y una iluminación.

\*  
\* \*

Yo llevo á todo paisano que sorprende en Burgos, y que tenga afición á ver las cosas con color, á visitar la Llana de Adentro. Cedo la paleta á los coloristas á lo velazquiano para que, de aquel fondo fuerte negro, de las masas de zapatos y botas embadurnadas, informes, resalte el tipo del *artífice* y el del sencillo parroquiano, y en segundo término las cabizbajas y humildes borriquillas. ¡Y aquél mosquerío y aquél ambiente!

El Corral de los Infantes de Lara es una parodia de la burgalesa Llana.

\*  
\* \*

He preguntado por el Hondillo y me lo han modernizado. De allí desaparecieron las cestas de cangrejos y de setas, los *ataos* de gallinas y pollos y patos, y los barriles de escabeche.

Han borrado aquel cuadro vivo de mis tíos de pueblo, tomando la refección en el más típico de los comedores, en el Hondillo; saboreando el escabeche y la libertad.

Julio 1910.

## TURISMO

A esta plazuela de Santa María llegan los turistas en series continuas y constantes. Y vienen de toda casta y pelaje.

Han desfilado por delante de la Catedral clérigos franceses, excursionistas en familia, en comandita, señoras solas, caballeros solos, de todo. Traen su indispensable guía, su *Bedequer*... ó cualquier cosa para ponerse en camino, ó no acertar con nada puesto en su sitio.

Me dieron lástima unos curas; tenían corte de novicios de Jesuítas, pero no lo eran. Me dijeron que eran «seculares». Estaban perdidos en su plano, en el plano de una guía franco-portuguesa. La ví y quedé espantado de lo que saben los autores de guías hechas sin haber puesto pié en tierra extraña. Buscaban un «Cid de San Nicolás», «un juramento de Fernán-González», «un arco de Santa Gadea».

\*  
\* \*

Una de las cosas que más solicita la curiosidad de los franceses, es lo relativo al Cid. Aquí hay un «solar de la casa de Rodrigo» que está acotado con unos pontones. Es lo menos que se puede ver de la vida y hazañas del gran Campeador.

Para ver eso hay que subir rampas y rampas, cuestras y cuestras, y llegar sin aliento.

Los turistas se retiran hacia donde les dice el libro, buscan la orientación, y en cuanto enfilan, hechan á todo correr por las subidas, al solar de «mio Cid».

¿Y el juramento en Santa Gadea? No queda ni rastro. Los turistas se deshacen en la captura del cebrero célebre, donde pusieron sus manos inocentes, los nobles de Castilla requeridos por Rodrigo. El libro, la guía, los lleva á ciegas.

\*  
\* \*

Nuestros paisanos y compatriotas son más calmosos. Vienen familias de buena posición. «Van al Norte» á «tomar baños la señora ó las niñas» á distraerse unos días el rico industrial, el comerciante de próspero negocio, el señor de dinero.

Estos recorren la catedral por dentro y no ven nada. Salen á la plaza de Santa María; andan unos pasos vuelven hacia la fachada... no están en el punto de mira...; otros pasos más... ¡ahora!

Ví la otra tarde esta escena. Con esos preparativos tomaron posiciones, un caballero, una señora y dos *pollitas*, ya entradas en la formalidad. Acompañaba á los *dilletantis*, un amigo, á quien honraban con su hospedaje los forasteros.

El buen amigo era todo acción, brazeo, viveza para explicar á su modo las maravillas de estas agujas góticas... El caballero seguía todos sus movimientos... la señora procuraba cumplir... las niñas miraban para el suelo aburridas, deseando acabar, cuanto antes, de ver tanta belleza artística, que no las interesaba.

Quando se retiraban, el cabeza de familia decía á su amigo;—¡Cuanto me alegre habernos detenido en Burgos á nuestro paso para San Sebastián... y así hemos visto esta catedral, que es magnífica, ¡divina!

—¡Divina!—dijeron á coro la mamá y las niñas.

Agosto 1910.

## LA CAPILLA DE SANTA TECLA

Salía de ver la Catedral. Y era todo un señor catedrático de Universidad. Y salía, él lo juraba, encantado.

Yo tenía mis desconfianzas de aquellos juramentos. Conocía á fondo el fondo seco de mi amigo. Estoy á matar con este empeño de mostrarse todo el mundo sentidor del arte, gustador de esas delicias de las líneas, de las masas, del color, entendedor de los secretos espirituales de las creaciones geniales, artísticas.

¿Qué impresión dominante he sacado usted de ahí adentro?

—Todo, todo es magnífico; pero esa capilla hermosísima de Santa... Tecla, ¿me parece que así se llama...?

—Sí, de Santa Tecla...

—Esa capilla es lo mejor que he visto.

No te rías, lector inteligente. Es un rasgo de sinceridad no falseado por juicios hechos, ni siquiera estropeado por la estereotipia del *cicerone oficial*.

Verdad grande es que de gustos nada se ha escrito. Prefiero al que se declara entusiasmado con la capilla de Santa Tecla, porque ese es su gusto, en libertad, que al inteligente fabricado, incapaz de sentir el romanismo de la capilla del Nacimiento y que, sin embargo, disimula los atractivos con que solicita su atención el barroquismo de la más pecaminosa de las capillas de esta Catedral, para echárselas de escogido y de avisado.

Con qué razones iba yo á decirle al catedrático de

mi cuento: «No, hombre, eso es churriguerismo puro, eso es el siglo XVIII, eso es feo. Vaya usted á la capilla del Nacimiento, extasíe usted allí su espíritu, siga usted la traza de la Catedral siglo á siglo...

Yo prohibiría hasta las intoxicaciones artísticas que suministran los buenos custodios de la Catedral.

\*  
\* \*

La capilla de Santa Tecla, aparte miramientos artísticos, tiene para mí, como todo lo de esta Catedral, mucho color.

No está toda la visión del arte, en las piedras, en las verjas, en los capiteles y en las bóvedas. El arte es la vida plena y se revela en un ambiente.

Para un gusto depurador, crítico, culto, allí no hay mérito, ni nada estimable para las artes de la plasticidad. Pero no todo está ahí.

A la hora de las misas rezadas, los días de labor, y á la hora de las misas cantadas los días de fiesta, es cosa de ver la Catedral.

Van á la capilla de Santa Tecla los «curas forasteros» en una acepción internacional, amplia; y á la vez en un sentido de pobreza, de desamparo.

Era sacristán, hasta hace poco, un tipo. Vistiendo la sotana raída y sucia, encubría toda una desarmonía y desconcierto anatómico. De monaguillos, un enjambre de muchachos desarrapados, con mandilones largos.

Tiene cinco altares Santa Tecla, y hay momentos en que en los cinco se dice misa. Celebran sacerdotes extranjeros; los curas rurales que vienen á la ciudad... los sacerdotes que no tienen ofrenda, que no encuentran limosna para el sacrificio.

No son los ornamentos afrenta del churriguerismo de la capilla; todo está entonado.

Y los monaguillos, irreverentes, se han dado

cuenta de que sirven á forasteros. Hay que verlos con cuánta agilidad permutan de altar y cambian las vinajeras y las campanillas y sostienen correspondencia. El alarde de seguridad en el oficio consiste, yo lo he visto, en marcharse á la sacristía ó á donde venga en gana, mientras no hay que responder *Et cum spiritu tuo*.

El que hace repicar el campanillo no cesa, sobre todo en los días de gran concurrencia de sacerdotes.

Hay unos cuantos viejos devotos que van á esas misas de los curas forasteros, que no tienen ofrenda, que no encuentran limosna para el sacrificio....

No te rías de mí lector. Hay que respetar al catedrático que solazó sus ojos en la capilla menos artística. Y dejarme con estas rarezas mías, con esta visión de las misas de los curas pobres en Santa Tecla.

Aquel no sentía la intimidad religiosa de una capilla románica; muchos no sentirán este otro romanticismo de la misa que ofrece el pobre cura de pueblo... mientras el monaguillo juega á las cuatro esquinas con su colega.

Agosto 1910



## LÓS TIEMPOS QUE CAMBIAN

¡Qué bien emplazado estaba aquel Monasterio! Al abrigo y amparo de unos cerros altos, allí donde se quiebra el terreno y por donde el agua limpia, cristalina, corre fecundando valles y vegas, en sitio solitario se levanta la iglesia y casa de los frailes, de los clérigos regulares. Allí la fundación de un santo que amaba mucho á los pobres, que hacía milagros, que socorría y daba albergue á los caminantes.

Quedan las ruinas, los paramentos de un claustro; quedan las leyendas, los sepulcros, los rastros de arte y de la vida. La memoria de unos benedictinos, de unos jerónimos, de unos solitarios que buscaban el lugar apacible y callado. Aquellas campanas de clave sonora que convocaban á los lugareños del contorno, eran voces de misión social de los monasterios en medio de los campos!

Siempre que me enseñan uno de esos conventos derruídos apenas oigo lo que me explican. Se discute el siglo de una iglesia, la antigüedad de un abside, el mérito de unos capiteles... Pero hay algo más transcendental.

Me enseñaron un sepulcro florido, curioso, elegante, *sui géneris*. Me agradaba esa obra muy estimable del arte. Yo deseaba algo más oculto, más callado y hablador.

Había visto los claustros del viejo monasterio abandonados, y tenía la impresión amarga que dá eso, el abandono, la muerte. Yo buscaba lo oculto, lo callado.



—Por aquí, mire usted por ese agujero.—Y el señor cura había ideado manera de iluminar aquel interior sagrado. Se veía la sepultura del santo, una sepultura de época, muy cristiana, cobijada por la suntuosidad del monumento exterior, espléndido, airoso.

Allí estaba el santo, el fundador del monasterio, el que compartía con los pasajeros y daba de comer á los pobres; el santo que invitaba á la vida silenciosa, de oración, de caridad; el santo misericordioso, el que dá nombre y memoria á aquellos prados, á aquellas cercañas, á aquellas gentes.

Y los tiempos cambiaron con las mudanzas y las revoluciones. ¡Qué insensatos son los hombres!

Ya no se levantan los monasterios en medio de los campos, al amparo de unos cerros, en el cariñoso regalo de unos valles risueños, fértiles.

Por aquellos prados y alamedas, por aquel cercado rico, por entre aquel mar de espigas se pasea ahora un amo; todo es suyo. Está á satisfacción de lo que posee, de los miles de duros que le dá la tierra del monasterio. Desde el cura hasta el monaguillo, pasando por el alcalde y el maestro, es reconocido el poderío del señor que está bien mantenido y bien servido.

A esto lo llamaron los enciclopedistas de la revolución cambio de manos.

Al santo le siguen bendiciendo las gentes y piden su intercesión y esperan de él favor.

Del tío Moscón, que ahora llama suyo al coto del monasterio.... ¡liberanos domine!

*Agosto de 1910.*





Páginas.

<i>La Catedral . . . . .</i>	<i>1</i>
<i>Cartujana . . . . .</i>	<i>4</i>
<i>Las campanas mudas . . . . .</i>	<i>7</i>
<i>Don Gabriel. . . . .</i>	<i>9</i>
<i>El Cardenal Aguirre . . . . .</i>	<i>12</i>
<i>El señor Pablo . . . . .</i>	<i>15</i>
<i>Remembranzas . . . . .</i>	<i>18</i>
<i>Mi campo santo. . . . .</i>	<i>21</i>
<i>Las obras de San Nicolás. . . . .</i>	<i>23</i>
<i>Crónica... esperantista. . . . .</i>	<i>26</i>
<i>Los Vallejos. . . . .</i>	<i>29</i>
<i>Don Robustiano. . . . .</i>	<i>32</i>
<i>Fresdelval. . . . .</i>	<i>37</i>
<i>San Pedro de Cardaña. . . . .</i>	<i>40</i>
<i>Las no hermosas . . . . .</i>	<i>43</i>
<i>Mi señor Pablo. . . . .</i>	<i>46</i>
<i>El día del Carmen. . . . .</i>	<i>50</i>
<i>San Pedro y San Felices . . . . .</i>	<i>53</i>
<i>Los tíos de pueblo. . . . .</i>	<i>56</i>
<i>Manchas de color. . . . .</i>	<i>58</i>
<i>Turismos. . . . .</i>	<i>60</i>
<i>La capilla de Santa Tecla. . . . .</i>	<i>62</i>
<i>Los tiempos que cambian. . . . .</i>	<i>65</i>





## DEL MISMO AUTOR

### PUBLICADAS

- El Misticismo en la poesía.
- Del Ruralismo.
- La Iglesia y la política.
- El problema religioso por dentro.
- La Universidad española.
- Lecturas castellanas.—Vol. I.

### EN PREPARACIÓN

- Historias del Quijote.
- Estudios de arte.
- La Perfecta casada del Maestro León.—Comentarios.
- El poeta Galán.
- Crónicas burgalesas.—(2.<sup>a</sup> parte).
- Lecturas castellanas.—Vol. II.